

**Emilio MITRE, *Morir en la Edad Media. Los hechos y los sentimientos*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2019, 344 pp. ISBN: 978-84-376-4033-4**

El interés histórico por estudiar los discursos, actitudes y prácticas en torno a la muerte surgió, como es bien conocido, en el cauce de la historia de las mentalidades hacia los años sesenta y setenta del siglo pasado —tercera generación de la corriente de *Annales*—, con el apoyo de la psicología y la antropología y un notable afán cuantificador. Se concretó de modo señero en la obra de Philippe Ariès *El hombre ante la muerte* durante el Antiguo Régimen (1977), y con ella convergió el interés del marxista Michel Vovelle por el mismo tema (1983). Modernistas ambos, sentaron las bases de la investigación histórica sobre el fenómeno humano más universal. Actualmente, la historia cultural, con su dedicación al estudio histórico-social de las representaciones, tales como las emociones o las más diversas prácticas sociales, ha heredado intacta la vigencia de los estudios sobre la muerte en el Medievo. En efecto, a pesar del escepticismo postmoderno y de los giros lingüísticos, tales investigaciones han seguido proliferando a partir de fuentes teológicas, literarias y notariales, a lo que se une, como novedad destacada, la arqueología de la muerte aplicada al periodo medieval.

En el Medievalismo de nuestro país, y desde hace casi cincuenta años, el catedrático Emilio Mitre ha sido el pionero y autor de referencia innegable sobre el tema de la muerte, en el marco de su especialización en historia religiosa. Un tema muy tratado en España desde la década de 1980 por autores como Fernando Martínez Gil, Julia Pavón, Jaume Aurell, María Luisa Bueno, Margarita Cabrera, María Ángeles García de la Borbolla, David Nogales, Miguel Ángel Ladero y muchos otros que han indagado en las visiones sobre la muerte, sus símbolos, su preparación, los enterramientos, su escenografía —sobre todo entre las élites—, los espacios del más allá y las interacciones entre vivos y muertos en una etapa como la medieval en que catástrofes y epidemias acechaban tan dramática y permanentemente a la población.

Así pues, el presente libro es la culminación, hasta ahora, de la extensa obra del profesor Mitre sobre la muerte en la Edad Media, constituida por casi una veintena de títulos entre los cuales destacan *La muerte vencida. Imágenes e historia en el Occidente medieval* (1988), *Una muerte para un rey. Enrique III de Castilla* (2001), *Fantasmas de la sociedad medieval. Enfermedad. Peste. Muerte* (2004) y *Desprecio del mundo y alegría de vivir en la Edad Media* (2017). En este caso, el autor acomete la puesta al día y la sistematización de sus estudios previos, pero con una ampliación de horizontes (como la conexión entre la muerte y las edades sociales, o la consideración de las muertes violentas) que convierte la obra en un brillante y exhaustivo estado de la cuestión al filo de la tercera década del siglo XXI.

Algunas claves son necesarias para la comprensión del contenido. Una de ellas es el dato imprescindible de que, en el Occidente medieval, hablamos de una muerte cristianizada, cuyo eje central es la propia muerte y la resurrección de Jesucristo. A partir de esta última, la inmortalidad del alma y la resurrección final de la carne son otros postulados básicos en el discurso teológico de las *postrimerías*, junto con la existencia del juicio y una disyuntiva entre salvación o condenación a la que se unirá el purgatorio. La posibilidad de acortar las penas purificadoras del purgatorio desde la tierra con su remisión anticipada (indulgencias) y otras acciones, y la consiguiente configuración de la Iglesia como “comunidad de vivos y muertos”, son otras nociones esenciales. Pues bien, a la construcción y el desarrollo medieval de este cuerpo de ideas dedica Emilio Mitre una buena parte de su libro. En el orden metodológico, otra clave es su preferencia por los aspectos *ideológicos* más que los *mentales*, dado que los discursos sobre la muerte fueron elaborados por las élites. Por el contrario, no se aprecia en la obra el énfasis, adoptado por el autor en otros trabajos, en la necesidad de cuestionar cierto dualismo tradicionalmente admitido acerca de las actitudes colectivas medievales ante la muerte: *grosso modo*, la contraposición entre, de un lado, una visión resignada y esperanzada (la “muerte domesticada” de Philippe Ariès) dominante hasta el siglo XIII, y de otro lado, el predominio del miedo y la desesperación detectados a partir de la Peste Negra de 1348.

Los catorce capítulos del libro, en los que desfilan nombres propios de reyes, aristócratas, monjes, poetas, cronistas y teólogos, se estructuran en cuatro partes. La primera trata la *construcción de un discurso para la muerte*. Desde la atención historiográfica hacia el tema, avanza hacia cuestiones como las danzas macabras con su carácter igualador de la sociedad, el *topos* del *ubi sunt* y la centralidad del carácter redentor de la Pasión de Jesucristo. Otro capítulo, el de la relación que las edades sociales tenían con la muerte, en especial la infancia y la vejez con sus riesgos, estudia las percepciones medievales al respecto combinadas con las realidades demográficas. No podía faltar un capítulo, el IV, dedicado a las asechanzas de la peste, el hambre y la guerra. El siguiente se centra en la idea de la muerte como castigo a causa del pecado, su sistematización teológica y su recepción popular apreciable en el arte y la literatura. El capítulo VI estudia el modelo de muerte emanado de miembros de las élites tales como santos, reyes y aristócratas; un modelo con implicaciones políticas, puesto que los monarcas se ven mitificados por su “buena muerte” y por los ritos, la memoria y la fama y por eventuales atribuciones mesiánicas. Esta teología política configura un discurso que equilibra el horror y la incertidumbre de la muerte, al igual que lo hacen otras metáforas cristianas (capítulo VII): la vida terrena como exilio y peregrinación purificadores (el *homo viator* en tránsito a su patria definitiva, el cielo), el *contemptus mundi* o desprecio del mundo y la oposición alma-cuerpo.

La segunda parte, *encarando la muerte primera* (la extinción física), aborda en los capítulos VIII y IX los rituales sociales y litúrgicos, desde la agonía a la inhumación pasando por los últimos sacramentos, la presencia de clérigos y familiares, la mortaja, el cortejo fúnebre y la liturgia funeraria. Especial atención merecen los testamentos (“autotanatografías”, p. 137) como actos preparatorios de la muerte, tan utilizados como fuente para estudiar la muerte y la piedad medievales. Otros aspectos, como las percepciones sobre la sanación, las *artes bene moriendi* y la rotunda creencia de que la muerte no supone el final, sino la gran aurora de la resurrección de los cuerpos, dan paso a la consideración de los lugares de enterramiento: se analiza su iconografía, su jerarquización y la “monumentalización de la muerte” (Julia Pavón) en forma de panteones familiares y dinásticos.

La tercera parte, *alejándose de la muerte propia en el Medievo*, es una de la más originales de la obra. Sistematiza en los capítulos X, XI y XII los tipos de “mala muerte” corporal, antesala de la condenación o “muerte segunda”. Así, trata de la muerte imprevista

que acaece sin auxilios espirituales (pero en la tradición popular la Virgen María ayuda a sus devotos devolviéndoles a la vida), ilustrada con una serie de ejemplos regios como el del rey Enrique IV de Castilla (1474). A las muertes violentas y al análisis de las reflexiones políticas y moralizantes sobre ellas se dedican dos capítulos: homicidios, guerras, regicidios, y las que, con visos ejemplificadores, resultan de la justicia de Dios y de la justicia humana. En el último caso, la aplicación de la pena capital trae a colación ejemplos notables como las ejecuciones de Juana de Arco (1431) y de Don Álvaro de Luna (1453). También son abordadas las muertes por motivos religiosos, en particular el martirio, que es estudiado desde distintas ópticas —sin olvidar la ideología cruzadista—, aunque puede echarse de menos la referencia a la exaltación de los mártires en el libro del Apocalipsis, tan manejado en el Medievo desde el siglo XI. Los envenenamientos y el suicidio cierran este catálogo de formas de muertes violentas.

La cuarta parte del libro estudia *los novísimos o postrimerías*. Aquí, la consideración del Más Allá tiene muy en cuenta las representaciones de las artes plásticas junto con las doctrinas teológicas, las propuestas catequéticas, las imágenes y reflexiones reunidas en torno a los juicios de ultratumba (el individual y el universal), y los “lugares” de la vida eterna: el infierno, la gloria y el purgatorio, este último ese esperanzador “tercer lugar” intermedio consolidado en el siglo XIII. Las tradiciones sobre viajes de ultratumba y apariciones favorecieron la difusión popular de todas estas figuras, pero se vieron contestadas por la heterodoxia, desde los valdenses en el siglo XII hasta Lutero en el XVI. Cierra el libro un sugerente capítulo que examina el legado de los discursos medievales sobre la muerte desde el Renacimiento al Romanticismo y aún hasta nuestros días, con referencias tan variadas como la literatura rusa contemporánea, figuras como Albert Camus o el drama del Holocausto. La conexión entre la “larga Edad Media” (Le Goff) y el presente todavía se deja notar en ciertas secularizaciones de la idea de la vida eterna y la inmortalidad. Jorge Manrique y Milan Kundera no están tan lejos el uno del otro.

La obra *Morir en la Edad Media. Los hechos y los sentimientos* es un modelo de conjunción entre el análisis histórico y el uso de registros de información procedentes del arte y de la literatura. Y una obra que, fuera de lo habitual, integra armónicamente el ámbito peninsular y el europeo. Completan el libro un apéndice de textos y una relación de fuentes primarias y bibliografía actualizada que dan idea del rico bagaje que nutre el estudio: escritos teológicos, hagiografía, tratados espirituales y pastorales, fuentes normativas canónicas, literatura y crónicas, y trabajos de conjunto o de investigación empírica propios y ajenos. Y finalmente, como una muestra más de la culta versatilidad del autor, el libro incluye referencias continuas, engarzadas con fluidez, no solo a estudios de medievalistas, sino también de contemporaneístas, historiadores de la economía, pensadores actuales y teólogos de hoy. Se trata de una obra importante acerca de los discursos y prácticas desarrollados en torno al “máximo enigma de la vida humana” (Concilio Vaticano II) en la cultura medieval occidental.

Raquel TORRES JIMÉNEZ  
Universidad de Castilla-La Mancha  
Raquel.Torres@uclm.es  
<http://orcid.org/0000-0003-1305-7316>